

## UNIDAD DIDÁCTICA 2:

### ¿Qué sucedería si tomáramos en serio la misión? (cf. EG 15). Interpretar a la luz de la Palabra de Dios y el Magisterio

#### Introducción

Reconocer nuestra identidad es reconocer el don que hemos recibido de Dios y que conlleva la responsabilidad de responder a este don desde los talentos que cada quien ha recibido. La respuesta humana al don divino se da en el marco de la historia, de las circunstancias concretas en que se vive personal y comunitariamente. Este marco supone los condicionamientos en los cuales se vive la propia identidad. Una lectura superficial del marco histórico conlleva una interpretación meramente circunstancial que no responde a la totalidad de los desafíos. Una respuesta en profundidad solo es posible desde una lectura en profundidad.

El objetivo de la segunda unidad didáctica es *llegar a una síntesis que permita interpretar los elementos más importantes en la vida del bautizado y de las comunidades cristianas en los que descubrir el intrínseco dinamismo misionero de la fe en Cristo, vivida en la comunión de la Iglesia.*

Jesús vivió en un concreto contexto social, cultural, político e histórico en el que desarrolló su misión como enviado del Padre (apartado 1). Es el modelo único que debe inspirar la respuesta del cristiano reconociéndose, en Jesús y como Jesús, identificado con una misión (apartado 2). La Iglesia tiene una intrínseca dimensión misionera que se plasma en la Iglesia particular (apartado 3) y se abre hacia la universalidad (apartado 4). Es necesario, pues, que algunos asuman el servicio de recordar a las comunidades cristianas su dimensión misionera y ayudarles a vivirlo (apartado 5).

#### 1. Jesús: el Evangelio y el evangelizador

[Competencia 2.2.3]

El fundamento de la misión de la Iglesia y de los bautizados está en Jesús mismo; para comprender el significado de la misión hay que fijarse en Jesús y ver cómo Él, enviado por el Padre, ha realizado su propia misión en la tierra (ver UD 1.2). Sin este fundamento, la misión se convierte en algo ideológico o mero proselitismo. La misión del cristiano y de la Iglesia se verifica siguiendo la misma dinámica de Jesús: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20,21).

La exhortación apostólica de san Pablo VI *Evangelii nuntiandi*, sobre la evangelización en el mundo contemporáneo, es la referencia esencial para comprender qué es la evangelización y cómo se realiza. En el número 6 se presenta la figura de Jesús como el Ungido de Dios que cumple una misión, cuando inicia su ministerio en la sinagoga de Nazaret leyendo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres” (Lc 4, 18), y así, “todos los aspectos de su Misterio —la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos— forman parte de su actividad evangelizadora”. De todos modos, hay que tener en cuenta —como dice el número siguiente—

que Jesús mismo es el Evangelio de Dios (cf. Mc 1,1); por este motivo “ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena” (n. 7). Por eso, el significado de la palabra *evangelizar* tiene que ser referido a Cristo mismo, el Evangelio y el evangelizador, porque “no es fácil expresar en una síntesis completa el sentido, el contenido, las formas de evangelización tal como Jesús lo concibió y lo puso en práctica. Por otra parte, esta síntesis nunca podrá ser concluida”.

En cuanto a los aspectos esenciales de su misión, resalta que “Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el reino de Dios” (n. 8); “como núcleo y centro de su Buena Nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre” (n. 9), ante todo, del poder del pecado, y que tiene que realizarse en la historia; el reino y la salvación “pueden ser recibidos por todo hombre, como gracia y misericordia” (n. 10), a la vez que “con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. Pero, ante todo, cada uno los consigue mediante un total cambio interior, que el Evangelio designa con el nombre de *metanoia*, una conversión radical”. Para ello Jesús predicó infatigablemente con una palabra “revestida de autoridad” (n. 11), realizando los signos del reino (n. 12) y formando la comunidad de quienes “acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe [...] para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo” (n. 13); esta comunidad “es a la vez evangelizadora” (n. 15).

Se comprende, pues, que afirme claramente: “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda” (EN 14). Por eso la conclusión es que “existe, por tanto, un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. Mientras dure este tiempo de la Iglesia, es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar” (EN 16). Siguiendo a Jesús, Evangelio y evangelizador, el bautizado y la Iglesia continúan su obra de anuncio de la Buena Nueva del reino de Dios en las circunstancias humanas históricas concretas en que viven. En esto consiste la “la dulce y confortadora alegría” (EN 80) del evangelizador y de la Iglesia:

Jesús mismo es el modelo de esta opción evangelizadora que nos introduce en el corazón del pueblo [...] Cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría y nos otorga identidad. (EG 269)

## **2. “Yo soy una misión”**

[Competencia 2.1.1; 2.1.3; 2.2.1]

Como dice san Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, “si hay hombres que proclaman en el mundo el Evangelio de salvación, lo hacen por mandato, en nombre y con la gracia de Cristo Salvador” (n. 59). De manera similar, el papa Francisco afirma: “En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización

llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones” (EG 120).

Ya san Juan Pablo II preveía un cambio de enfoque radical en el modo de concebir la misión de la Iglesia, que pusiera de manifiesto que esta comporta la participación de todos sus miembros:

Lo reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: «¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1 Co 9,16).

Esta pasión suscitará en la Iglesia una nueva acción misionera, que no podrá ser delegada a unos pocos «especialistas», sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo. Es necesario un nuevo impulso apostólico que sea vivido, como compromiso cotidiano de las comunidades y de los grupos cristianos. (NMI 40)

San Pablo VI se pregunta en el número citado de *Evangelii nuntiandi*: “¿Quién tiene, pues, la misión de evangelizar?”, y responde: “El Concilio Vaticano II ha dado una respuesta clara: «Incumbe a la Iglesia por mandato divino ir por todo el mundo y anunciar el Evangelio a toda creatura» (DH 13; cf. LG 5; AG I). Y en otro texto afirma: «La Iglesia entera es misionera, la obra de evangelización es un deber fundamental del pueblo de Dios» (cf. AG 35)”.

La Iglesia puede responder al envío de Jesús para continuar su obra salvadora porque cada cristiano ha recibido la gracia del bautismo. Por el bautismo se nos comunica la vida divina y es la participación en este amor de Dios lo que hace al bautizado un enviado a llevar el Evangelio a todos.

En el Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones celebrada en el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, el papa Francisco explicaba: “El envío manifestado por Jesús en el mandato pascual es inherente al bautismo: como el Padre me ha enviado, así también os envío Yo, llenos del Espíritu Santo para la reconciliación del mundo (cf. Jn 20,19-23; Mt 28,16-20). Este envío compete al cristiano, para que a nadie le falte el anuncio de su vocación a hijo adoptivo, la certeza de su dignidad personal y del valor intrínseco de toda vida humana”.

Participar en la misión de la Iglesia es para cada bautizado un deber y un derecho. El cristiano ha recibido la gracia del bautismo como un don gratuito que debe compartir con aquellos que no conocen ni viven su dignidad de hijos de Dios; por eso es también un derecho que le es inherente e inalienable: nadie le puede impedir ser discípulo misionero.

Por eso el Papa recuerda a todos los bautizados que:

La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar. (EG 273)

No importan las circunstancias en que se desarrolle su existencia ni la actividad que realice: si está unido a Cristo y le sigue como discípulo misionero (ver UD 1.1), todo cristiano tiene derecho a la alegría de saberse salvado por Jesús y, desde él, a decirse y decir “yo soy una misión”.

### **3. Dimensión misionera de la Iglesia particular**

[Competencia 2.2.2; 2.3.3]

La consecuencia más inmediata de lo anterior es que “la evangelización es tarea de la Iglesia. Pero este sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, porque es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios...” (EG 111). De una manera muy clara, el Concilio Vaticano II puso de manifiesto esta realidad espiritual y misionera —a la vez que orgánica— de la Iglesia particular al describirla como:

La diócesis es una porción del Pueblo de Dios que se confía a un Obispo para que la apaciente con la cooperación del presbiterio, de forma que, unida a su pastor y reunida por él en el Espíritu Santo por el Evangelio y la Eucaristía, constituye una Iglesia particular, en la que verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica. (ChD 11)

Si se observa atentamente, se puede comprobar sin dificultad que todos y cada uno de los elementos que constituyen la Iglesia particular tienen una dimensión misionera:

- En primer lugar, la base social humana que la compone, el pueblo de Dios, los bautizados, con todo lo que ello implica: el pueblo al que pertenecen, la lengua, la historia y la cultura propios, a la vez que la propia historia de la presencia evangelizadora de la Iglesia en el lugar —los misioneros que la fundaron, el legado que los cristianos anteriores dejaron y la huella que la Iglesia ha dejado en la cultura y las costumbres de dicho lugar—. A los bautizados se les encomienda llevar el anuncio del Evangelio a todas las realidades humanas en las que viven y aún no se manifiesta el amor de Dios.
- Quien realiza la unión del pueblo de Dios es el Espíritu Santo: porque la porción del pueblo de Dios es congregada en el Espíritu Santo, su origen es trascendente. Esto implica la corresponsabilidad de todos sus miembros en el anuncio del reino de Dios y la necesidad de discernimiento de la acción evangelizadora, para que sea misionera y llegue a todas las personas entre las cuales vive y está presente el pueblo de Dios.
- El Espíritu Santo se comunica a través de los medios esenciales de la acción pastoral: el Evangelio y los sacramentos, especialmente el de la Eucaristía, pues el anuncio del kerigma y la celebración de la fe constantemente nutren al pueblo de Dios, le hacen crecer en santidad y en impulso misionero.
- Además es necesaria la acción ministerial del pastor propio, el obispo —junto con su presbiterio—, que tiene la misión de ayudar con su ministerio pastoral a que todo el pueblo de Dios viva la dimensión misionera del bautismo, ya que, como miembro del Colegio Episcopal, representa la comunión con la Iglesia universal.
- Todo ello converge en la afirmación de la relación de la Iglesia particular con la universal, expresada mediante las palabras “está y obra”; sintetizan las afirmaciones de LG 23 y formulan la comunión con la Iglesia universal y las otras Iglesias particulares. El principio de la Iglesia una que está y obra en las Iglesias particulares

asegura a estas la legitimidad de sus características peculiares, de acuerdo con el lugar o grupo humano en el que arraigan. Las Iglesias particulares pueden intercambiar sus dones porque tienen realizaciones distintas, y así cada una puede exhibir con verdad y modestia algo que, por lo menos, “sugiera” a las otras, y cada una alcanza una contemplación más plena de la obra de la Iglesia, contribuyendo a su misión universal.

Francisco precisamente insiste en esta realidad misteriosa de la Iglesia, a la vez que humana: “[...] Es ciertamente un misterio que hunde sus raíces en la Trinidad, pero tiene su concreción histórica en un pueblo peregrino y evangelizador, lo cual siempre trasciende toda necesaria expresión institucional” (EG 111). A continuación, desarrolla esta forma de entender la Iglesia para exponer cómo entiende que “Todo el Pueblo de Dios anuncia el Evangelio” (EG 111-134) como expresión concreta y actual de la salvación de Dios.

El necesario enraizamiento de la Iglesia en un lugar no debe opacar la realidad de formar parte de la *communio ecclesiarum* que constituye la Iglesia universal. Como recuerda constantemente san Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, la universalidad de la salvación de Cristo implica tanto la encarnación en un lugar, como la comunión con las demás Iglesias: “Solo una atención permanente a los dos polos de la Iglesia nos permitirá percibir la riqueza de esta relación entre la Iglesia universal e Iglesias particulares” (EN 62c). Solo se es Iglesia si se mantiene vivo el punto de unión con las demás Iglesias (ver UD 3.5) y, si es imposible hacerlo de manera efectiva con todas a la vez, el envío de misioneros a otras Iglesias es la manera más práctica de realizar esta comunión, así como la colaboración misionera a través de las OMP, especialmente (ver UD 3.8).

Forma parte precisamente del misterio de la Iglesia el hecho de que la única misión que atañe a todo el pueblo de Dios se plasma de manera diferenciada en su seno: uno es el papel del pastor y otro el de los demás fieles. Corresponde a los pastores guiar a la Iglesia para que responda a la misión encomendada por Cristo, mientras que los demás fieles hacen presente a la Iglesia en medio del mundo siendo testigos del Evangelio y sus portadores hacia los alejados de Cristo y de la Iglesia. Cada uno tiene su manera de vivir el envío misionero, porque nadie lo hace por cuenta propia, sino en respuesta a Cristo, por lo que debe vivir en comunión con los demás bautizados que también son enviados por Cristo para plasmar y ampliar la comunión de la Iglesia.

#### **4. La Iglesia, comunión misionera**

[Competencia 2.1.6; 2.3.5]

El hecho de que todo bautizado participe por el bautismo del envío que Jesús hace a sus discípulos funda la comunión que es constitutiva de la Iglesia y la caracteriza como misionera: “La intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión «esencialmente se configura como comunión misionera» (ChL 32)” (EG 23). Para responder al envío de Jesús, la Iglesia debe seguir sus mismos pasos (ver apartado 1) llevando el Evangelio a todos: “Fiel al modelo del Maestro, es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie” (EG 23).

Desde el primer momento de su historia —en Pentecostés—, la Iglesia se ha manifestado como la reunión de los discípulos en torno a Jesús, a la vez que con el impulso de llevar el

anuncio de su muerte y resurrección a todos los hombres y pueblos. La unión fraterna y operativa de todos los bautizados es una condición indispensable para que la Iglesia realice su misión según el mandato de Jesús. La comunión eclesial es un fruto de la caridad divina; por eso en sus manifestaciones visibles (la fraternidad, la armonía, el diálogo, la corresponsabilidad pastoral...) es también signo de credibilidad para la misma comunidad y para el mundo. Los signos externos son expresión del don gratuito del Espíritu, fruto de la entrega de Cristo, “para reunir en la unidad a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Jn 11,52) y para que los discípulos “sean una sola cosa” con Dios Padre y su Hijo en el Espíritu Santo, a fin de que el mundo crea que Jesús es el verdadero enviado de Dios (cf. Jn 17,21). El mundo no atiende el anuncio del Evangelio si no está autenticado por el testimonio de una comunidad que vive la alegría de la Buena Nueva y la refleja en una comunión y fraternidad sincera, como ya constataba san Pablo VI: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio” (EN 41).

“La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que *la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión*” (ChL 32). La Iglesia contiene en sí una gran variedad de personas que viven circunstancias muy diversas, proceden de familias, sociedades, culturas... diferentes, tienen sensibilidades muy variadas, etc. Toda esta riqueza humana es la materia prima para la comunión en la Iglesia, a la vez que la posibilidad de que pueda cumplir su misión de llevar el Evangelio a todos para que ellos también pasen a formar parte de la Iglesia. La Iglesia es católica, es decir, universal, porque contiene en su seno a hombres y pueblos de toda condición unidos solamente por la fe en Cristo resucitado; la intrínseca universalidad de la fe en Cristo es el don que la Iglesia adquiere para custodiarlo y enriquecerlo con su constante actividad de testimonio y anuncio del Evangelio en el mundo entero. La Iglesia llama constantemente a formar parte de ella a todos los que desconocen el amor de Dios y no han recibido el don de la fe en Cristo, para que, por la acción del Espíritu Santo, se integren en el pueblo de Dios, que de por sí es universal. Las diferencias que hay en la Iglesia son el signo y la memoria permanente de su universalidad, para que aspire a ser un instrumento cada vez más eficaz en orden a que el amor de Dios llegue a todos sus hijos.

La Iglesia no puede quedarse en la autocomplacencia ni desangrarse en disputas internas entre “bandos opuestos”. La comunión conseguida es un don de Dios y está siempre amenazada por la fragilidad humana; con frecuencia caemos en la tentación de pensar que nuestros logros son suficientes, sin hacer propia la universalidad de la mirada de Dios que abarca a todos sus hijos; o, peor aún, absolutizamos lo que es únicamente don de Dios y, sin pensar en quien nos ha dado el don, nos atrevemos a sentirnos superiores a los demás y a generar comparaciones, enfrentamientos o rencillas internas. La variedad que constituye a la Iglesia es para vivir la comunión en su seno y ser artífice de comunión en “una humanidad dividida por las enemistades y discordias” (Plegaria eucarística de la Reconciliación II). Como bien recuerda el papa Francisco:

El Espíritu Santo también enriquece a toda la Iglesia evangelizadora con distintos carismas. Son dones para renovar y edificar la Iglesia (cf. LG 12) [...] son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador. Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para el bien de todos. [...] En la medida en que un carisma

dirija mejor su mirada al corazón del Evangelio, más eclesial será su ejercicio. En la comunión, aunque duela, es donde un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo. Si vive este desafío, la Iglesia puede ser un modelo para la paz en el mundo. (EG 130)

La comunión de las diferentes plasmaciones de vivir el Evangelio y realizar la única misión eclesial es, como antes se ha apuntado, un signo de la universalidad de la Iglesia, al mismo tiempo que un instrumento para extenderla hacia toda la humanidad.

## 5. El agente de pastoral misionera

[Competencia 2.2.5; 2.3.4]

La comunión en la Iglesia es un don de Dios y una tarea que encomienda a todos los bautizados; es necesario construirla continuamente y asegurar que mantenga su dinamismo universal de crecimiento y apertura a todo el mundo.

La tentación de quedarse en los logros conseguidos de comunión y no ampliar el círculo de la comunión eclesial hacia los confines de la tierra es constante y muy fuerte, por la autocomplacencia que produce. Para vencer semejante tentación hace falta que los cristianos tomen conciencia en todo momento de la necesidad y urgencia de la misión universal de la Iglesia, con una mirada contemplativa sobre ella (ver UD 1.5). También hacen falta personas que recuerden a la comunidad cristiana que está llamada a la comunión misionera universal. El testimonio más impactante de la universalidad de la Iglesia lo dan los misioneros y las misioneras con su entrega total a la misión (cf. RMi 83); pero se corre el peligro de que su testimonio parezca distante en la distancia geográfica o en la capacidad de realizarlo.

Con este mismo fin de abrir los horizontes de las comunidades cristianas, existe la tarea específica de los agentes de la pastoral misionera. Ellos no la realizan como una mera iniciativa personal, sino que prestan un servicio a la comunidad cristiana, pues la animación misionera forma parte de su esencia, es una labor “central en la vida cristiana” (RMi 83), un “elemento primordial de su pastoral ordinaria en las parroquias, asociaciones y grupos, especialmente los juveniles” (ibíd.). Es necesario, pues, que, para mantener vivo el impulso misionero, exista un específico servicio de animación misionera que potencie la comunión misionera. La Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias en el documento *La misión “ad gentes” y la Iglesia en España* (24-6-2001) caracteriza la animación misionera del siguiente modo: “Un *servicio cualificado* para conseguir que las comunidades eclesiales incorporen a su ser y actividad pastoral lo que realmente está en la entraña de su naturaleza: la misión universal” (citando RMi 83). Hablar de la animación misionera de la pastoral en términos de un *servicio cualificado* significa, en consecuencia, que se trata:

- De un *servicio* al evangelio y a los hermanos, de una actividad ministerial en favor de toda la comunidad cristiana para que viva la universalidad del Evangelio, de una dimensión esencial que es necesario que vivan todos y que algunos asumen dentro de la comunidad como su función propia, de la que se sienten responsables personalmente.
- *Cualificado*, es decir, que posee unas características concretas y determinadas, que tiene un modo específico de realizarse; no basta la buena voluntad de querer prestar el servicio de la animación: hace falta hacerlo de la manera en que cumpla con su

objetivo de que la comunidad cristiana viva su universalidad (como se explicará en UD 3.6).

Si falta el servicio de la animación misionera en una comunidad cristiana, sus miembros deben interrogarse sinceramente si tienen presente la dimensión misionera de la Iglesia y si la quieren vivir de verdad.

Las personas que prestan este servicio deben ser conscientes de las interpelaciones misioneras que tiene la Iglesia (ver UD 1.3 y 4), así como de las necesidades concretas particulares (ver UD 3.4); además deben poseer la sensibilidad, la intencionalidad y la disposición interior de querer responder sintiéndose personalmente implicado, haciendo una opción por la misión (ver UD 3.7.). Porque se trata de una función de animación, es decir, tener presente el horizonte universal de la Iglesia y saber emprender acciones concretas que la plasmen en la situación real de la comunidad. La animación tiene que ver con el alma: *animar* una comunidad es infundir entusiasmo, dinamismo y empuje para que no pierda su intrínseca universalidad (ver apartado 3) y conserve la “la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas” (EN 80). La animación misionera sirve para infundir espíritu misionero con el fin de que todos en la Iglesia sean “evangelizadores con espíritu” (EG 261), puesto que, como constataba san Juan Pablo II, “la misión renueva la Iglesia, refuerza la fe y la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones. *¡La fe se fortalece dándola!*” (RMi 2).

En consecuencia, este servicio debe ser llevado a cabo por personas que reúnan unas determinadas condiciones. Con relación a los agentes de pastoral que deben llevar a cabo este ministerio eclesial, el documento episcopal mencionado dice lo siguiente:

Se debe favorecer la formación de los responsables de la animación misionera, a fin de que estén dotados de las actitudes espirituales y de los conocimientos teológicos y pastorales adecuados. Así encontrarán una capacitación adecuada para informar a las comunidades respecto a las situaciones y necesidades actuales de la Iglesia y de la humanidad.

Así, pues, se constata que, para poder llevar a cabo las funciones básicas de la pastoral misionera, hacen falta personas dotadas de “las actitudes espirituales y de los conocimientos teológicos y pastorales adecuados”. Para que esas personas encargadas en la comunidad cristiana puedan cumplir este servicio cualificado necesitan una capacitación, que consiste en:

- Las *actitudes espirituales* necesarias, de entre las cuales se podrían resaltar las siguientes:
  - Sentir la animación misionera como una llamada de Dios, una vocación personal.
  - Cultivar la espiritualidad misionera.
  - Tener conciencia eclesial y espíritu de servicio a la comunidad.
  - Sentir preocupación por la evangelización: de la propia comunidad, del entorno y del mundo.
  - Poseer un cierto carisma para la animación misionera.
  - Querer ser testigo del Evangelio y saber educar en la fe.
- La *formación teológico-pastoral* oportuna, que debe comprender de manera orientativa los contenidos acerca de:
  - El conocimiento de la misión en la Biblia.

- Cierta formación teológica sobre la dimensión misionera del sacramento del bautismo y de la naturaleza misionera de la Iglesia.
  - Información suficiente de las situaciones y necesidades actuales de la Iglesia y de la humanidad.
  - Capacitación para ser testigo de la fe en Cristo y de la universalidad de la Iglesia.
  - Preparación para el diálogo con la cultura y la inculturación del Evangelio.
  - Conocimientos de la metodología pastoral y de la estructura misionera de la Iglesia.
- Además, hace falta desarrollar unas *habilidades humanas de índole pastoral*, como pueden ser las capacidades de:
- Encuentro, diálogo y comunión.
  - Encarnación en el ambiente.
  - Liderazgo motivador y transformador.
  - Motivación, iniciativa y creatividad.
  - Organización, evaluación y autoevaluación.
  - Serenidad, paciencia y constancia ante las dificultades.

El sentido de responsabilidad pastoral y misionera hace comprender que, sin la capacitación adecuada, no es posible asumir de manera estable el servicio de la animación misionera, sea porque a la persona le falta la motivación interior, a causa de lo cual se cansa o desiste; sea porque no tiene la capacidad de transmitir el espíritu misionero. Como bien hace notar el papa Francisco: “El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen” (EG 82).

En conclusión, la adecuada elección, capacitación y promoción de agentes de pastoral misionera ayudan a fomentar el espíritu misionero, mantener la comunidad en actitud de salida y plasmar con iniciativas pastorales el compromiso misionero personal y comunitario.

### **Video de apoyo**

“Los misioneros son la gran puerta a la periferia del mundo”

[<https://youtu.be/ivcTafGGf7g>]